

Trillar lo indecible o de la poética vareliana¹

Por Nelson Vallejo-Gómez²

“La poesía es una urgencia de canto, una forma de respiración; es ir al límite de ciertas cosas, ir al no ser”

Blanca Varela

La semblanza de los poetas, su hoja-de-Vida, es incisa sutil de su propia poesía, lucha angelical, *Camino que se hace al andar, Golpe a golpe, Verso a verso*, como decía Antonio Machado. Pero, si le hubiéramos preguntado a Varela por su “recorrido” profesional y/o vital (su *curriculum vitae*), la respuesta podría estar en esos versos suyos, donde háyase religada, poéticamente, la vida de lo íntimo, lo privado y lo público:

“Digamos que ganaste la carrera / y que el premio / era otra carrera / que no bebiste el vino de la victoria / sino tu propia sal / que jamás escuchaste vítores / sino ladridos de perros / y que tu sombra / tu propia sombra / fue tu única / y desleal competidora”³

¿Quién era, cómo era, Blanca Varela?

El retrato que hace de ella su marido y padre de sus dos hijos, el pintor peruano, Fernando de Szyszlo, de quien bien hizo -al mío parecer indiscreto- separarse y divorciarse, es de una soberbia turbia y penosa. Uno se pregunta si algún día él supo de verdad qué es la poesía y cómo se fraguaba la voz poética de Varela, y sin embargo, emerge de este sombrío bosquejo, de este argumento negativo sobre la prueba de la existencia metafísica de Varela, una verdad irrevocable, que la engrandece, muñequita soñadora:

“Blanca era floja. No hacía muchas cosas, paseaba, cocinaba –mal-, disfrutaba la ciudad y de los amigos, leía sin cesar. Una mujer llena de talento sin la voluntad de trabajar seria y constantemente en algo”⁴

Con todo y flojera sublime, mas no destemplada, todo y falta de voluntad laboriosa, todo y sin “hacer muchas cosas”, su obra hizo andaduras ejemplares y querencias universales, y fue premiada, en vida, con el *Premio Internacional Octavio Paz de Poesía y Ensayo*, México 2001, el *Premio de Poesía Federico García Lorca*, instaurado por el Ayuntamiento de Granada en España y el *Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana* (2007) otorgado por la Universidad de Salamanca y el Patrimonio Nacional

¹ Ponencia propuesta al HAY FESTIVAL AREQUIPA, 4 de noviembre de 2022; su trama y urdimbre ha sido un regalo para mi amigo-amauta, el poeta-pensador, Carlos-Enrique Ruiz, director-fundador de la Revista ALEPH, con motivo de la celebración del N° 200, *Convergencia de Saberes*, Ediciones Revista ALEPH, Manizales, 2022.

(Una primera versión de este texto ha sido puesta a disposición de la revista ALEPH de Manizales, porque tenía una deuda inmensa con mi amigo-amauta, el poeta-pensador Carlos-Enrique Ruiz. Hace más de una década, me pidió que pusiera por escrito la conferencia que tuve el honor de dar en su Cátedra ALEPH de la Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales, sobre la poeta Blanca Varela. Tarde que temprano, debía cumplir esa deuda, porque debo dar gracias a la vida que existan, como él, vigías espirituales de la belleza, la paciencia y la bondad; inspirado por su amada Livia, CER es un infatigable captador de crepúsculos bajo el manto tutelar del nevado-volcán, homónimo de su apellido, que cubre de ceniza mortal y vital los cafetales del alma. CER es, para la juventud del relevo, un hacedor ejemplar de *Poética y Política de Civilidad*.)

² NVG es filósofo franco-colombiano, nacido en Medellín en 1962 y afincado en París desde 1982. Es Bachiller Académico del emérito Liceo Antioqueño de la Universidad de Antioquia, Licenciado y Magister en Filosofía por la Sorbona Paris-IV, especialista del Pensamiento complejo en la obra de Edgar Morin, Doctor honoris causa de la Universidad de Caldas (Manizales, 2010), de la Universidad Ricardo Palma (Perú, 2013), de la Universidad Abierta y a Distancia de Colombia (Bogotá, 2021). NVG es, desde mayo 2021, Supervisor General Vitalicio del Ministerio de Educación, Enseñanza Superior e Investigación de Francia.

³ Poema del poemario *Canto villano* (1972-1978).

⁴ De SZYSZLO, F. & FIETTA, J. *La vida sin dueño*. Lima, Alfaguara, 2017, p.252

de España. Bien tuvo Camila, su nieta e hija de Lorenzo, concluir el discurso que hizo en nombre de su abuela, para recibir el Premio Reina Sofía, diciendo: *¡Cómo quisieramos haber sacado siquiera su mirada, sus manos o su gracia!*⁵

Blanca Leonor Varela Gonzales nació el 10 de agosto del año de gracia de 1926, al amanecer, en la calle Lampa 1188 del Cercado de Lima... falleció el 12 de marzo de 2009 en el departamento 101 de Malecón Souza 112, Barranco, distrito limeño.

A mil y un metro más al sur, en el Jirón Alfredo Silva 107, del mismo distrito, seguía yo en vida y concluyendo mi estadía profesional en el Perú. Estaba, en aquel apocalíptico día para la poesía peruana y universal, mirando el otoñal atardecer en la inmensidad del océano Pacífico, desde mi *Barrage contre le Pacifique*; observaba cómo en el horizonte la curva del cielo y la línea marina componían la geometría del tiempo perdido o reencontrado, la eternidad entrelazada con la energía del universo...

“Y voy hacia la muerte que no existe, / que se llama horizonte en mi pecho. Siempre la eternidad a destiempo”.⁶

Días después, manos por ella tan queridas, esparcían sus restos cremados o *polvo enamorado* en la playa Mendieta, en Paracas, frente al sur mineral peruano, donde se termina y/o inicia, progresa o procesa, el inmenso desierto de Atacama. Cuando florezcan las Rosas de Atacama –así, como lo que ataca y ama, con el rocío dulce-amargo de la brisa marina, Blanca Varela volverá siempre de su mar, de su infancia y, en su obra, siempre volveremos a su primer poema por ella reconocido como un comienzo fundador, como identidad misma de la profunda peruanidad mineral del otro Perú, el de la Costa Pacífica, *Puerto Supe*. El título de ese poema es como un homenaje secreto de Varela, de sangre, alas y raíces, marca de su admiración por el escritor José María Arguedas. *“Puerto Supe es un puertecito, pero es un puertecito emblemático que, en realidad, viene a representar toda la costa peruana, es la zona en que nació, donde me he criado y vivido”*⁷:

“Está mi infancia en esta costa fría, / bajo el cielo tan alto, / cielo como ninguno, cielo, sombra veloz, / nubes de espanto, oscuro torbellino de alas, / azules casas en el horizonte (...)

*¡Oh, mar de todos los días, / mar montaña, / boca lluviosa de la costa fría!”*⁸

Varela había dejado muy claro lo que pensaba del vivir muriendo y del morir viviendo, de la condición metafísica de la humana condición: tarea de pensar, aguzando el oído *como hoz*, para *trillar lo invisible*, aunque...

*“nadie nos dice cómo / voltear la cara contra la pared / y / morirnos sencillamente”*⁹

Igual, podríamos decir: nadie nos dice tampoco cómo es el vivir, contra el espejo de la pared del mundo. Tal vez, por eso, el decir del pensar busca tocar la abscóndita armonía de *El falso teclado*,

⁵ Varela no pudo ir a España a recibir el *Decimosexto Premio Reina Sofía*, el 14 de noviembre de 2007. Estaba ya muy disminuida, tanto por el duelo de la muerte de su hijo Lorenzo, que la había sumido, años antes, en un silencio cuasi fisiológico, como por diferentes enfermedades de la edad. Pero le pidió a su nieta, Camila, hija de Lorenzo, que fuera a recibirlo en su nombre. Camila pronunció un discurso de profunda sensibilidad y gran emoción, cf. [En honor de Blanca Varela \(librosperuanos.com\)](http://librosperuanos.com)

⁶ Del poema *Destiempo*, en su primer poemario, *Ese puerto existe*.

⁷ Citación de FORGUES, Roland. *Palabra viva: los poetas se desnudan*. Tomo IV. Lima, El Quijote, pp.77-90

⁸ Versos de su reconocido públicamente, por ella, como “primer poema” de su obra poética, publicada y revisada, por ella, *Puerto Supe*, que abre su primer poemario publicado por Octavio Paz, en 1959, titulado *Ese puerto existe*.

⁹ Versos del poema *Nadie nos dice*, en el poemario *El falso teclado* (2000).

cierta *Acuarimántima*, como decía Porfirio Barba Jacob. Escuchemos, serenamente, *El falso teclado*, poema del poemario homónimo de Varela (Lima, 2000):

“toca / todavía tus dedos se mueven bien / el dedo de la nieve y el de la miel / hacen lo suyo / nada suena mejor que el silencio / nuestro desvelo es nuestro bosque / aguza el oído como una hoz / a trillar lo invisible se ha dicho / para eso estamos / para morir / sobre la mesa silenciosa / que suena”.

Varela es una poeta que cruza, como meteorito solitario y sereno, la mitad del siglo XX, con lucidez, esplendorosa y floreciente, irradiante energía poética, discreción majestuosa.¹⁰ Su poesía es, a la vez, holograma certero y cartografía de mente-corazonada, implacable y precisa, de la realidad que la rodea, tanto al interior de su ser como al exterior de su mundo, que es el mundo de la humanidad entera, en tanto siente, piensa y poetiza. La poesía de Varela tiene la fuerza religadora del ojo con la imagen y el fuego, del oído con el viento y el sonido, del tacto con el agua y la tierra, de la poesía con la intuición conceptuada y el concepto intuido. Para Varela, la poesía implica ejercicios materiales y espirituales, ahí, donde emerge el Poema...

“Un poema / como una gran batalla / me arroja en esta arena / sin más enemigo que yo / yo / y el gran aire de las palabras”¹¹

Recuerdo que cuando llegué a Lima, en julio de 2005, para cumplir un contrato de Agregado de cooperación educativa, universitaria y científica, en la Embajada de Francia en el Perú, me encontré en la librería del FCE¹² con un libro extraordinario, que desde entonces está en mi mesita de noche; su título tiene una potencia cinética mental enorme, a manera de verso poético, de bálsamo contra cualquier caída, nihilismo o decadencia: *Donde todo termina abre las alas*. Se trata de la poesía reunida de Varela durante medio siglo poético (1949-2000).¹³

Intrigado, abrí el libro y me encontré con que Octavio Paz había sido la *Piedra de Sol* de Varela, desde que se conocieron en París, en 1949. Todo lo que tiene que ver con Octavio, de cerca o de lejos, me atrae, pues fue uno de los poetas y ensayistas que acompañaron mi adolescencia paisa, en tantas noches de iniciación incierta e incertidumbre iniciática a los tres misterios esenciales - *la vida, el amor y la muerte*¹⁴, en el Valle De Aburra (Medellín, Colombia), allá por los años 1970.

Paz fue quien, como Salazar Bondy y/o Whestphalen en Lima, escuchó y sintió, en las noches de bohemia parisina, entre muchos cantos, la magistral potencia de la íntima voz vareliana, la del suyo *“canto solitario, secreto y tímido... el más natural”*,¹⁵ canto de una muchacha peruana, recién llegada de Lima, que andaba del brazo de su joven y flamante marido, futuro pintor reconocido, Fernando de Szyszlo. Blanca era ave rara en una cuna de estrellas de la poesía, la literatura y las artes latinoamericanas de entonces, como lo fueran Jorge Eduardo Eielson, Julio Cortázar, Ernesto Cardenal, Roberto Matta, Rufino Tamayo y, por supuesto, Octavio Paz. Fue el poeta y amigo Enrique

¹⁰ Una de sus nietas, Camila de Szyszlo, hija de su amado hijo Lorenzo, el adolescente del «*talón estrecho de arcángel*» del poema «*Casa de cuervos*», describió con mucha razón a su abuela como una persona «*insospechadamente tímida, reacia a la figuración y a la notoriedad, contraria a dar y a recibir lisonjas*».

¹¹ Versos del poema *Ejercicios*, en el poemario *Valses y otras falsas confesiones* (1964-1971).

¹² La librería del Fondo de Cultura Económico, situada actualmente en la calle Berlín, 238 del distrito limeño de Miraflores, lleva por nombre “Blanca Varela”, en homenaje a la poeta, quien trabajó para la representación peruana del FCE mexicano, de 1974 a 1997. A partir de 1986, Varela obtiene la autorización en México para publicar desde el Perú; impulsa entonces las colecciones “Piedra del Sol” y “Encuentros”.

¹³ VARELA, Blanca. *Donde todo termina abre las alas*. Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, Barcelona, 2001

¹⁴ Recuérdese que esos tres misterios entretienen la obra poética de Miguel Hernández, víctima del fascismo franquista durante la Guerra civil española.

¹⁵ PAZ Octavio. *Prólogo* al primer poemario publicado por Varela, gracias a Paz, *Ese puerto existe y otros poemas*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1959

Peña Barrenechea, tío del brillante y fructuoso poeta y ensayista, Javier Sologuren, quien presentó los recién casados con Octavio Paz.

En una de las últimas entrevistas que diera en vida, en su querencia del distrito limeño de Barranco, Varela dio testimonio de su marca definitiva con la vanguardia poética del Premio Nobel de Literatura mexicano: *“Octavio Paz marcó mi vida y mi poesía. Fue en París donde empecé a escribir, aunque se trataba de poemas que recuperaban los paisajes del Perú, donde quedó mi infancia para siempre”*¹⁶. Empezar a escribir quería decir para Varela: tener consciencia de su identidad peruana y latinoamericana, de su voz mineral y borrascosa. Urge acotar que Paz fue quien gestionó, en México, la primera publicación del primer libro de Blanca Varela por la Universidad Veracruzana, Xalapa, 1959. Varela cuenta que el título de ese primer poemario surgió de una conversación con Paz. El título previsto en un principio era el del primer poema, *Puerto Supe*, pero Octavio le dijo: *“Ese es un título muy feo”*. Blanca le respondió: *“pero... Ese puerto existe”*. Entonces él le dijo: *“ese es un buen título”*.¹⁷ ¿Quién puede imaginarse tener un padrino poético más vital y certero, en lo esencial poéticamente?

Voz poética e identidad peruana de inmensa oceanidad, mineral y costera

En realidad, Varela escribía desde niña, a su manera. Y, desde su prima infancia y adolescencia, tuvo muy claro que la poesía era su manera de vivir y de pensar, de sentir y de meditar su humana condición, que por cierto nunca concibió como una esencialidad femenina, y todavía menos adosada a la ideología feminista, aunque las feministas la buscaban para que apoyara sus combates contra el patriarcado tradicional. Al respecto, Varela solía decir que la poesía no es propiamente ni femenina ni masculina, es simplemente buena o mala; no en sentido de moralina, sino en dimensión de bondad y maldad, en el buen pensar del junco pensante, como diría Pascal, propio al humanólogo que cada cual ha dejado, podido y querido emerger dentro de su fuero interior. *“Yo sólo he querido, toda mi vida, aprender a pensar, con ternura y dura pertinencia. Si a eso le llaman poesía, me gusta”*, me dijo Varela una tarde del verano limeño de 2006, contemplando el atardecer frente a la inmensidad del océano Pacífico, en su *“Dique contra el Pacífico”*, cuando tuve el inmenso honor de ser presentado a ella por el poeta Antonio Cisneros.

Con todo, es menester acotar que antes de irse a París, Varela había estudiado *Letras & Educación* en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde entró en contacto con una pléyade de escritores y poetas que se reunían a hacer, deshacer y volver a hacer el mundo, en la famosa Peña limeña *“Pancho Fierro”*. Fue su amigo de toda la vida, Sebastián Salazar Bondy, quien la inició en conversaciones metafísico-poéticas. Gracias a lecturas y amistades compartidas en su juventud sanmarquina, Varela pasó de la poesía juvenil a la adulta. Salazar Bondy le ayudó a descubrir un vasto territorio poético y literario que ella pudo sondear con su propia voz, donde se entrelazaban poetas españoles como Quevedo, Góngora, Cernuda, Lorca, poetas peruanos como Xavier Abril, Martín Adán, Jorge Eduardo Eielson, Javier Sologuren, entre otros, así como la obra de Eliot, Nerval, Mallarmé, De Quincey, Verlaine, Baudelaire, Rimbaud, Rilke... Fue también a través de Salazar Bondy que Varela conoció a dos figuras mayores de la literatura peruana como son el escritor José María Arguedas y el poeta Emilio Adolfo Westphalen, quienes fueron claros ejemplos de obra, vida y pensamiento; en esas andaduras podría estar algún estrato de la arqueología vareliana, si se quiere, de sus influencias literarias.

Fue en torno al poeta, dramaturgo y promotor cultural, Sebastián Salazar Bondy, que se desarrolló la llamada *Generación del 50*, grupo de insatisfechos y audaces que no sólo modernizaron la poesía, el

¹⁶ De la entrevista con Fernando Valverde, en el diario *El País*, Madrid, 13 de octubre de 2006. Las diferentes entrevistas que citamos en este trabajo provienen de la recopilación hecha y editada por Jorge Valverde Oliveros, *Entrevistas a Blanca Varela*, ed. Isegoria, Lima, 2020

¹⁷ De las entrevistas con el periodista e investigador Jorge Coaguila, publicadas en el diario limeño *La República*, 15 y 22 de mayo de 1994

cuento, la novela y la crítica, sino también las artes plásticas en el Perú. Y, sobre todo, fue Sebastián quien presentó a Blanca con el pintor Fernando de Szyszlo, con quien ella se casó en la Iglesia Cristo Rey, el 19 de agosto de 1949, horas antes de salir por el Callao para Europa y, por primera vez, en el barco con un nombre que le iba como regalo de luna de miel, *Reina del Pacífico*, pues más allá de alguna fuerza tutelar andina, tengo la poética vareliana por profundamente abierta y anclada en la inmensidad mineral de la oceánica peruanidad, como lo sería el manto caribeño en la poesía colombiana de Meira Delmar (1922-2009).

Los grandes poetas sólo tienen a la poesía misma por principal influencia. Creo que en ninguna otra entrevista, como en la siguiente, Varela precisa con tanta profundidad la hendidura de su arte poética, de sus *Trabajos y Días*, de su laborar, meditar y religar; búsqueda implacable para trillar lo indecible, aventurándose, “*con mucho sufrimiento, con una gran alegría, con una delirante libertad, un poco más allá de las cosas, de los objetos, de los gestos*”, para que “alguien” o simplemente un poema responda a nuestras *más secretas y obsesivas preguntas*. Ese *alguien* que está dentro de uno, que es y no es uno mismo; ese *poema* que logra ser uno, con su propia vida, cuando, acabado todo encantamiento frente al espejo y sus espejismos,¹⁸ uno se aventura a responder con propio criterio a las preguntas esenciales sobre la naturaleza, la sociedad y el individuo, a saber: quiénes somos, de dónde venimos, dónde estamos, para dónde vamos.

“Desde muy niña adquirí -dice Varela en una entrevista con Rafael Vargas,¹⁹ la costumbre de sentarme a la mesa, frente a un papel en blanco, para decir cosas que no podía decir de viva voz, y ordenaba y desordenaba palabras tratando de encontrar en ese hueco algo que fuera diferente, mejor, o que me revelara algo más de esa realidad que me rodeaba y que no me gustaba demasiado. Creo que comencé a escribir para ver si ‘alguien’ contestaba mis más secretas y obsesivas preguntas, esas que solo pueden hacerse los niños cuando descubren la sordera total de los mayores, de Dios, del mundo, del cosmos. No tuve más remedio que aprender a contestarme yo misma, y para no reconocermé, supongo, me aventuré con mucho trabajo, con mucho sufrimiento, con una gran alegría, con una delirante libertad, me aventuré -repito- un poco más allá de las cosas, de los objetos, de los gestos. Me iba muy lejos a una región muy delgada y sutil, muy peligrosa a veces, pero aprendí a regresar con pequeños objetos, con restos extraños, con fragmentos de cosas misteriosas e irreconocibles aparentemente. Esa podría ser mi poesía, un riesgoso viaje a ninguna parte, para volver y empezar ora vez y otra vez”.

Para entender mejor a esa niñita mimada de la poesía peruana, hija única y sin descendencia femenina (pero, ¿y quién dijo que un hijo era macho o hembra? Un hijo es un hijo –ya veremos en el poema vareliano por antonomasia sobre la descendencia, *Casa de Cuervos*, el indecible dolor, cuando se pierde un hijo), hay que acotar: ¡Blanca Varela tiene linaje poético, madre y abuela poetas, y reconocidas como tales!

Así pues, un rosario de musas poéticas venía en legado a Varela por alcurnia propia. Delia Castro de Gonzales escribe a su hija Esmeralda, madre de Blanca y más conocida por su seudónimo de escritora, periodista y poeta, “Serafina Quinteras”, un poema-dedicatoria de fina ternura, publicado en la Revista *Variedades*, n°782, en 1923, que reza:

*“Cuando en tus ojos soñadores
brilla fantástica la luz
y alumbras todo lo que me miras*

¹⁸ En algún lugar de su magistral novela, *Les illusions perdues*, Balzac dice que la escribió, pensando únicamente en a quien ya sólo queda volver a su fuero interior, acabado el encantamiento. Encantamiento de la ambición, del dinero y del poder, acotemos.

¹⁹ De la entrevista con Rafael Vargas, *Palabras para un canto*, publicada en la revista CAMBIO, Lima, 11 de septiembre 1986.

*con el fulgor que guardas tú,
desciendo al fondo de mi alma,
pulso mi mágico laúd
y dejo entonces que mis rimas,
llenas de ráfagas de luz,
para que adornen tus encantos,
se vuelvan rosas del Perú”.*

Y escuchemos la vena poética familiar, en clave soñadora y transmitiéndose la secreta y serena ternura del *beso en las pestañas*, cuando Serafina le escribe a su hija Blanca un poema con centella metafísica (Cf. *Cajón de sastre*, CONCYTEC, Perú, 1940), que reza así:

“Una es seria, ensimismada,
soñadora, pensativa.
Tiene un beso de la noche en las pestañas
Y dos ráfagas de luz en las pupilas.
Tiene un algo de misterio.
Al mirarla se diría
que ella sabe
lo que nadie ha descubierto todavía.
Esta mágica muñeca,
mi muñeca soñadora y poetisa,
la del beso de la noche en las pestañas
y la ráfaga de luz en las pupilas
es la página enigmática
en el libro transparente de mi vida”.

Blanca Varela no escribirá poemas, como su madre y su abuela, a una *muñequita soñadora*, sino a dos niños, Vicente y Lorenzo, frutos de su matrimonio con Fernando de Szyszlo. Pero ya no se tratará de poesía personalizada, sino de la toma de posta más allá de la herencia sin legado, como diría el poeta René Char. Varela toma del “legado matriarcal” la centella metafísica del poema y entama una reflexión poética sobre la maternidad, la infancia y la vejez, la vida, el amor y la muerte. La maternidad sabe que lo infantil está entramado de juego real e imaginario, de tensiones de mando humano y divino, de tradición y modernidad y, sobre todo, de poemas desgarradores sobre el indecible dolor del duelo.

De lo genérico y lo universal en la voz poética

En la revista *Metáfora* n°2 de la Asociación Peruana de Retórica, Walter Andrés Alvarado hace un estudio interesante, aunque ideológico, sobre la reflexión vareliana de la maternidad, a partir de los poemas *Fútbol* y *Toy* (del poemario *Valses y otras falsas confesiones*, 1964-1971), para poner en evidencia la dimensión lúdica e imaginaria de la niñez, y a partir también de los poemas *Casa de cuervos* (del poemario *Ejercicios materiales*, 1978-1993), *Dolor de corazón* y *Si me escucharas* (del poemario *Concierto animal*, 1999).

La hipótesis de Alvarado es reductora, como todo lo que se quiere estructuralista, pues muestra la representación de la maternidad en Blanca Varela como una dicotomía estructural, sociológica y textualmente hablando, entre maternidad feliz e infeliz. En efecto, Alvarado propone usar una metodología de lingüística estructuralista, tipo *Retórica General Textual* en una hipótesis, según la cual, la representación del hijo, en Varela, “convoca elementos como lo lúdico, el poder y el duelo,

con lo que se constituye como un elemento clave en la desmitificación del relato de la maternidad feliz”²⁰.

Luego, desde las respuestas dadas sobre temática de género y liberación de la mujer, publicadas en *Libre*, revista crítica del mundo de habla española (n°4, París, 1972), Blanca Varela dejó muy en claro su posición socio-histórica, epistemológica y metafísica en cuanto al combate feminista que busca generar una polarización irreductible entre la mujer y el hombre, lo infeliz y feliz en la pareja. Varela piensa en lógica humanológica y religadora, en *pensamiento complejo*, si se quiere, que nunca en clave disyuntiva.

“El problema de la emancipación femenina no me parece, dice Varela, sino un aspecto, tan singular como cualquier otro –el obrero, el campesino, el racial-, de un problema mayor que atañe al género humano”. Varela no ignora que, en lo práctico, las mujeres constituyan “una clase aparte, menos afortunada y menos atendida que cualquier otra, tradicionalmente situada en un limbo de desconsideraciones y mentiras; mentiras de categoría universal, mentiras históricas y filosóficas, que permiten la existencia de absurdos como la “opresión patriarcal, entre otros”. Pero, acota radicalmente a reglón seguido: “que quede constancia que digo “en la práctica” y que insisto en no aceptar que el problema de la emancipación femenina se reduzca a un simple debate de orden familiar y doméstico; ni tampoco a limitadas y débiles revueltas de tipo ‘feminista’ ”.

Sin ignorar, en absoluto, las injusticias inmemoriales hechas a la condición femenina en el seno de familias, comunidades y sociedades marcadas por el miedo a la diferencia fundamental, a la heterogeneidad y a la otredad, Varela abre con sutileza el abanico problemático del “feminismo”, plantea desafíos educativos y de políticas públicas al respecto, que siguen vigentes, explicita las nociones de ideal, libertad y responsabilidad; además, precisa, con capacidad visionaria, incluso antes de las pos y falsas verdades que alimentan rencores y manipulaciones perversas del “yo también” o el rumor contemporáneo con connotación sexual:

“Y debo agregar, que la “opresión patriarcal” me parece que constituye una contradicción principal no solo en este caso. Pienso, por ejemplo, en la juventud y en la abominable educación que se le ofrece; pienso en los siervos de todo el mundo; pienso en los mismos hombres que se suponen liberados en las democracias y en otros sistemas, en el monstruoso mito de las ideas-padre (padre-estado, padre-iglesia, etc.) y en la gran farsa de la autoridad que se erige por la fuerza en pro de intereses personales o de grupo en cualquier plano”.

En el poemario *Valses y otras falsas confesiones (1964-1971)*, hay un poema, *Vals del ángelus*, que se puede leer y meditar en clave de complejidad con respecto a la relación con lo femenino y lo masculino -a lo que éstos juntos engendran o no, así como a la representación sociocultural que se pueda tener del cuerpo como engendramiento o maternidad, pero también como urna o *casa vacía* del duelo indecible (recuérdese el accidente mortal de su hijo Lorenzo, que Varela resucita en el poema *Casa de cuervos*); cuerpo engordado de lágrimas que se traga y no se llora. La poesía inicia a la potencia del rol corporal con y sin consciencia en la sociedad, la naturaleza y el individuo. ¿Marca de trascendencia, apoteosis, ascensión, procesión o peregrinación? Pero también puede ser, el poema *Vals del ángelus*, un terrible canto-grito entre lo humano y lo divino, grito-canto del destierro, de la caída o encarnación del Ángel que somos y no somos,²¹ sufrimiento de pasiones tristes, humanas, demasiado humanas.

²⁰ ALVARADO, Walter Andrés, ídem.

²¹ Cuando buscamos ser ángel, encontramos la bestia en nosotros, y cuando buscamos la bestia, encontramos algo angelical, dice Pascal en alguno de sus *Pensamientos*, a manera de lo que Edgar Morin llama *ecología de la acción*: todos nuestros pensamientos y actos comportan un ecosistema religado, interconectado y en bumerang muchas veces. La sabiduría popular gala dice al respecto: el infierno está empedrado de buenas

“Siempre he sido fuerte, pero ambivalente. En mi poesía, acota Varela, mantengo una vieja polémica con un Dios, en el que ni siquiera creo, porque me parece que la condición humana es terrible. El poema Vals del Ángelus le digo qué ha hecho de mí...”²²

¿Con toda sensatez, quién podría hacerle reclamos a un Dios? El poema reza, implacable y terrible, como un reclamo sublime e imposible formulación:

*“Ve lo que has hecho de mí, la santa más pobre del museo,
la de la última sala, junto a las letrinas,
la de la herida negra como un ojo bajo el seno izquierdo.
Ve lo que has hecho de mí, la madre que devora a sus crías,
la que se traga sus lágrimas y engorda, la que debe abortar en cada luna,
la que sangra todos los días del año”.*

Luego, ese *Vals* sube en modo mayor y canta unos versos que tengo por el reclamo más terrible que se le pueda hacer a un o una Don Juan, a la inocencia perversa de los relatos sofisticados, al cazador(a) de virginidades ideales, utopías y ucronías, al tirano, caudillo o dictador. Leamos en voz alta:

*“Así te he visto, vertiendo plomo derretido en las orejas inocentes,
castrando bueyes, arrastrando tu azucena, tu inmaculado miembro,
en la sangre de los mataderos. Disfrazado de mago o proxeneta en la plaza de la Bastilla
-Jules te llamabas ese día y tus besos hedían a fósforo y cebolla.
De general en Bolivia, de tanquista en Vietnam, de eunuco
en la puerta de los burdeles de la plaza de México.
(...)
Ve lo que has hecho de mí. Predestinado estiércol, ciego de ojos vaciados.
Tu imagen en el espejo de la feria me habla de una terrible semejanza”.*

Así pues, para volver y cerrar con las respuestas propuestas en la Revista parisina *Libre*, para luchar en suma por liberar la condición humana en la mujer como en el hombre, Varela deja claro su concepción de lo femenino, lo familiar, lo materno, lo humano propiamente. A la pregunta: *¿considera usted que la familia* (hijos, pareja, hogar) *es una traba para la emancipación de la mujer?* – o para ser poeta, si se quiere –, Blanca Varela da una respuesta precisa y profunda, que merece leerse y meditarse, sin más comentario que la propia resonancia de las ideas que ella propone para una cosmología serena en el tema:

“No debería serlo en absoluto, si hablamos de una familia ideal, constituida por seres libres y responsables. La maternidad no me parece una carga, sino por el contrario una forma de realizarse dentro del orden natural de las cosas. Si marido y mujer convienen en formar una familia sabiendo que eso implica una cierta dosis de esfuerzo extra de ambas partes, no veo por qué esto sería una traba ni para el hombre ni para la mujer. Me parece, más bien, que el problema trasciende a la pareja –que puede ser perfecta- para convertirse en un problema social. Se tendrían que revisar muchas cosas: el matrimonio, el divorcio, la educación de los niños, las cunas materno-infantiles, los horarios de trabajo, etc. Ahora bien, si hablamos de la familia dentro del actual estado de cosas, ciertamente no es una traba sino una lápida, y tanto para la mujer como para el hombre”.

intenciones. Piedras en el zapato por el camino del deber es lo que en clave latina se llama pecar, seducir, contrariar, dispersar.

²² De la entrevista con Silvia Cherem, *Asediada por rumores y ruinas*, en el diario *REFORMA*, México, 5 de agosto de 2001

Varela nunca se dejó acorralar por la voz genérica en su poesía. El juego de voces es creativo y poético, ante todo. El femenino y/o el masculino son simples figuras gramaticales y puntuales, que siempre están en interrelación profunda y secreta. Razón por la cual, buscar en la poesía de Blanca Varela justificaciones para combates genéricos releva del subjetivismo psicológico, loco y/o del objetivismo retórico, obtuso.

Tengo para mí que la relación que Varela tenía con su condición de género era la misma que tenía con su cuerpo y con su alma, con su ojo interior y con su piel. Varela tenía la consciencia de lo que Edgar Morin llama “principio hologramático”; “*es como si tú fueras un mapa del universo. Tu eres el pequeño mundo que es cada individuo*”²³. La unidualidad del *unitas multiplex* de nuestro ser, era algo profundo, presente y metafísico en Varela, como nos lo dice su poema *Fuente* (del poemario *Ese puerto existe*), que reza:

“Junto al pozo llegué, / mi ojo pequeño y triste / se hizo hondo, interior. / Estuve junto a mí, / llena de mí, ascendente y profunda, mi alma contra mí, / golpeando mi piel, / hundiéndola en el aire, / hasta el fin. / La oscura charca abierta por la luz. / Éramos una sola criatura, / perfecta, ilimitada / sin extremos para que el amor pudiera asirse. / Sin nidos y sin tierra para el mando”.

Voz fragmentada y unidualidad poética

Desde el primer poemario de Varela, *Ese puerto existe*, podemos sentir, percibir y escuchar una voz tenue y segura, donde están en tensión la confesión y el secreto, lo íntimo, lo privado y lo público, eso que es como una religación propia a lo poético, una voz que, si bien se expone *fragmentada*, se escucha en realidad religada, en tanto humana condición, a través del paisaje mineral, salado y espumoso de su amado Perú. “*Ni siquiera el lector más atento, acota Olga Muñoz Carrasco, identificaría sin problemas esta voz*”.²⁴

La voz poética de Varela aparece ya definida y accesible en su primer poemario, pero el resto del libro y de su obra, la vela y la desvela, la convierte en *unidualidad*.

El segundo poema del primer poemario se nombra: “Las cosas que digo son ciertas”. Ahí, la notoriedad del supuesto desdoblamiento pasa por la calificación de un género masculino, pero precedido del plural universal, porque la poeta hace parte de la humana condición, del Todo humanos y del Humano todos:

“los hombres lloran y ven llegar la nueva estación... Todo es perfecto. Estar encerrado (aparece la primera expresión genérica) en un pequeño cuarto de hotel, estar herido (insiste en el género masculino), tirado e impotente mientras afuera cae la lluvia dulce”.

En el tercer poema de su primer poemario, *Los pasos*, la voz poética de Varela se identifica claramente con un niño, como si fuera todavía un ángel, un ente a-sexual, si se quiere:

“Cuando niño di muchos (pasos, se supone), / aquéllos cuentan hasta morir, / los más puros y crueles”.

Se ha dicho y redicho que la poética vareliana estaría marcada por el surrealismo de Breton, el existencialismo de Sartre, el feminismo de Simone de Beauvoir y el espiritualismo de Simone Weil, pero es mal conocer la vena vital que la anima, desconocer que Blanca Varela es una estrella poética

²³ De una entrevista consignada como inédita con la investigadora francesa Modesta Suárez y consignada en el libro *Espacio pictórico y espacio poético en Blanca Varela*, Verbum, 2002.

²⁴ MUÑOZ CARRASCO, Olga. *Sigiloso desvelo. La poesía de Blanca Varela*. Fondo editorial PUCP, Lima, 2007, p. 63 y ssq.

que brilla con luz propia. Sobre esas influencias diversas, de la primera y segunda estadía parisina, escuchemos lo que la propia Blanca Varela dice:

“Conviví muy cerca con los existencialistas y arraigaron en mí el dolor de existir y el compromiso con la vida. Con los surrealistas comparto sólo su rebeldía y su afán de libertad”²⁵.

Admiró a la autora del *Segundo sexo*, que “le abrió los ojos a muchas cosas”, dice Varela²⁶, -¿qué cosas? ¿Cosas de mujeres? Preguntas indiscretas con aire machista- porque sabía hacer de su vida, su literatura y su filosofía, un combate a campo abierto, libre; aunque Varela nunca entendió, más allá de simple seducción, la relación con un “mujeriego” empedernido como Sartre, o el entramado entre la “voz desagradable” de Simone y la “voz preciosa” de Jean-Paul. Pero retomemos aquí la opinión de José Méndez, recopilada en el *Boletín de la Residencia de Estudiantes*, n°4, 1997:

“Aquella jovencita que llegó a París a finales de los años cuarenta, con apenas veinte años, recién casada y rodeada de artistas y escritores, era, naturalmente, una esponja; pero esponja de un extraño mineral que solo absorbe lo necesario para su propia expresión. No era el contacto con André Breton. No era el contacto con el existencialismo: fue el contacto personal con Simone de Beauvoir y Sartre. No era una visitante habitual de exposiciones (...): fue Giacometti sentado a su mesa para tomar café”²⁷.

Varela no llegó a París a encerrarse en bibliotecas ni a tener encuentros libresco con las corrientes literarias y/o filosóficas de la posguerra, sino a encontrarse con personas, con la vida, a sentir y a vivir la experiencia del encuentro humano, del ser como atravesado y como fundido en la mirada del otro. Traigamos a colación una estrofa del curioso poema que Martín Rivas dedicó a Blanca Varela, donde pinta la tertulia de Andrés Breton, en algún bistró de Montparnasse o en el Café de Flore. Reza:

“Su ojo, fosforeciendo tras / la arruga pálida del párpado / del viejo león, ve a la pequeña / peruana oscura, de soslayo. / Atravesándola, fundiéndola / como no lo hizo el sol incaico”²⁸.

Lo de “peruana oscura” debió de ser una metáfora de mal gusto para evocar la piel mestiza de Varela. Pero yo la veo como un agujero oscuro donde lo que aparece es la trama luminosa de una poética propia al pensar mestizo o *Pensamiento mestizo*, como dice Serge Gruzinski, al estudiar la emergencia cultural que surge del encuentro entre lo amerindio del sol incaico y la civilización del Renacimiento europeo, durante la Colonia Española en las “Indias Occidentales”.

Si la poética vareliana conlleva marca surrealista, la veo en ese *pensar mestizo* que es también, como dijera Edgar Morin, un *pensamiento complejo*, trama religadora del pensar justamente, donde se deshace el carácter facticio de las viejas antinomias propias al pensar técnico mental, sea únicamente computacional o digital. Acotemos que en el Segundo Manifiesto del Surrealismo, André Breton nombra justamente *surrealista*, la tarea de buscar “*cierto punto del espíritu donde la vida y la muerte, lo real y lo imaginario, el pasado y el futuro, lo comunicable y lo incommunicable, el cenit y el nadir (le haut et le bas), dejan de ser percibidos contradictoriamente. De nada servirá buscar en la actividad surrealista, otro móvil al espíritu que encontrar ese punto*”.²⁹ Esa frase resume la famosa teoría bretona de la “conciliación de los contrarios”, es decir, la tarea misma del surrealismo.

Además, tengo para mí que una de las mayores lecciones de la corriente literaria, psicológica y filosófica del surrealismo ha consistido en liberar la palabra del lenguaje, permitiendo así que el arte

²⁵ De la entrevista con Silvia Cherem, citada arriba.

²⁶ Idem.

²⁷ Cf. in *Sigiloso de velo*. Obra citada, p. 19

²⁸ Idem, p. 21

²⁹ BRETON, Andrés. *Manifestes du surréalisme*. Ed. Gallimard FolioEssais, p.72-73

poética pueda captar, con su propia voz, fragmentos de cosas misteriosas, irreconocibles e irreconciliables, aparentemente.

“Al principio hacia una poesía mucho más discursiva, dice Varela: más paréntesis, más puntuación; ahora incluso ni siquiera utilizo las mayúsculas, todo lo que no sea la voz misma me resulta prácticamente un lastre al escribir”³⁰.

Hay, así mismo, como liberación de la imagen y del sonido, abriendo más espacio mental, mayor espacialidad y temporalidad, al simple subsumir racional del concepto. Lo podemos ver, sentir e imaginar, en este verso magistral de Blanca Varela:

“como un niño que arroja piedras para detener el viento”³¹

Hay niños que arrojan piedras para tumbar pájaros, para romper la ventana de la vecina anciana, para buscar chicana, niños malvados. El niño de la poética vareliana: *“arroja piedras para detener el viento”*, es un niño surrealista.

Pero, al mismo tiempo, es un niño existencialista. Lo veremos en el poema *Casa de Cuervos*, cuando Varela plasma la oración de un vacío metafísico que abre la consciencia del duelo e indecible dolor en la condición humana. Varela convoca la ausencia/presencia de lo divino, como antigua marca de invocación primera, frente al inmenso silencio del firmamento infinito. La voz poética amplifica entonces el sentimiento de orfandad y evidencia la soledad, ahí donde el poeta sabe escuchar atentamente el palpitar lloro de vida, el aullido de angustia, la irónica carcajada de abalorios y pasiones tristes con que se divierte la plebe, que también somos, pero emerge la ley moral del espíritu consciente de compromiso y de responsabilidad, de ética de religadura, frente a la crueldad y la indiferencia.

La sanación por la poesía o consciencia vital de *la oscura charca abierta por el sol*

En su obra magistral, su primera obra, *El nacimiento de la tragedia*, escrita por la misma época en que Arthur Rimbaud escribía el monumental poema, *El barco ebrio (Le bateau ivre)*, agitada época de la guerra franco-alemana (1870-1871), Nietzsche dice que tenemos la música, entiéndase en sentido de la antigua Grecia, la poesía, para sanarnos del morir, para consolarnos de la muerte, dirán luego los romanos, helenizados y cristianizados.

No será nunca suficiente decir que *Casa de Cuervos*, poema central del poemario *Ejercicios materiales* (1978-1993) de Blanca Varela, es una fuerza poética de sanación y de consolación; por eso quiero consagrarle un espacio particular en estas notas. Es el poema del duelo por antonomasia, la muerte de un hijo. Los entonces esposos, Blanca y Fernando, vivían en Washington, en 1960, donde nace Lorenzo, el segundo hijo de la pareja, quien debe su nombre en homenaje a los admirados escritores D. H. Lawrence y Lawrence de Arabia. El 29 de enero de 1996, fallece Lorenzo en un accidente aéreo. El Boeing 737-200 del vuelo 251 de Faucett, proveniente de Lima, no aterrizará nunca en el aeropuerto de Arequipa.

Todos los lectores atentos de la poesía vareliana han visto en *“Casa de Cuervos”* la presencia del hijo perdido, Lorenzo. Pero el poema no lo nombra con ese nombre. Lo llama de muchas, bellas y tiernas maneras: *hijo mío, pobre pequeño mío, huella de tu talón estrecho de arcángel, leoncillo, ciego sordo irredento, abismo lleno de ti / música que no ves / colores dichos, luz del mundo (que se va) / sin promesas, amor / uno solo y el mismo con tantos nombres...*

³⁰ De una conversación con Yaiza Martínez, “La poesía es una urgencia de canto, una forma de respiración”, publicada en la revista española *Tendencias*, el 21 de marzo de 1998

³¹ *Ese puerto existe* (y otros poemas), edición de la Universidad Veracruzana, México, 1959, p. 19

Es un poema hecho de parto, de plenitud y de vacío. Grito de dolor de una madre que recuerda brutalmente el agujero negro del universo, recuerda que la presencia del niño jugando, corriendo, sonriendo, viviendo, hecho joven, adulto, la ha desahuciado con su muerte, como si el parto que da vida tuviera de repente la consciencia que también queda vacío al nacer, como una conca insonora...
prado de negro fuego abandonado:

“Y otra vez este prado / este prado negro / este prado de negro fuego abandonado / otra vez esta casa vacía / que es mi cuerpo / adonde no has de volver”

Casa vacía ya no es un hogar ni una casa, vientre desahuciado, ya sin esperanza ni confianza en la vida.

“y tú mi / mirándome / como si no me conocieras / marchándote / como se va la luz del mundo / sin promesas...”

La muerte de su hijo Lorenzo es como un río del olvido y del reencuentro con su alma de niña, su *negro pozo*, de tristeza infinita, la línea de no retorno, la abscondita armonía. El niño Lorenzo era, en realidad, encarnado, como huella misma del alma de Varela, su prueba de sutileza, su voz e íntima poética. Antes que le diera vida en un ser único, que era y no era suyo, Blanca lo presintió en el primer poema con pater-maternidad reconocida, *Puerto supe*:

“Aquí en la costa escalo un negro pozo, / voy de la noche hacia la noche honda, / voy hacia el viento que recorre ciego / pupilas luminosas y vacías, / o habito el interior de un fruto muerto...”

Fruto, hijo, muerto, habitarlo en su propia muerte, insepulto de él, terriblemente desgarrador, indecible dolor. Del poemario *Concierto animal* (1999):

“si me escucharas / tú muerto y yo muerta de ti / si me escucharas (...) viva insepulta de ti / con tu oído postrero / si me escucharas”

“ego te absolvo de mí / laberinto hijo mío / no es tuya la culpa / ni mía / pobre pequeño mío / del que hice este impecable retrato / forzando la oscuridad del día / párpados de miel y la mejilla constelada (vuelve el legado misterio de miel, del beso en los párpados para lindos sueños y alegres despertares) / cerrada a cualquier roce (¡qué metáfora de la muerte tan sutil y tan terrible!) / y la hermosísima distancia de tu cuerpo” (*Casa de cuervos*).

Con todo, que impresionante y asombroso presentimiento del comienzo y del fin, de la vida, del amor y de la muerte, de la metamorfosis posible de mundos posibles, ser madre del hijo y/o hijo de la madre, en la *asfixiante seda* de la oruga de la vida, ser espíritu, cuando se leen los últimos versos del poema iniciático a la voz poética vareliana, “Puerto Supe”:

“Aquí en la costa escalo un negro pozo,

(...)

*o habito el interior de un fruto muerto,
esa asfixiante seda, ese pesado espacio
poblado de agua y pálidas corolas.
En esta costa soy el que despierta
entre el follaje de alas pardas,
el que ocupa esa rama vacía
el que no quiere ver la noche.*

*Aquí en la costa tengo raíces
manos imperfectas
un lecho ardiente en donde lloro a solas." /*